

SÍNTESIS INTRODUCTORIA
A LA FILOSOFÍA POLÍTICA
POSITIVISTA DE LAUREANO
VALLENILLA LANZ
LUIS ALEJANDRO NIEBLES

Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936) fue una figura intelectual cuya labor académica y periodística estuvo marcada por la polémica tanto dentro su tiempo de acción como posterior a su muerte, al situarse como uno de los principales justificadores y apologistas del régimen del general Juan Vicente Gómez. Sus planteamientos han sido ampliamente cuestionados por constituir una racionalización del personalismo político, en la medida en que defendían la necesidad del ejercicio del poder personal en las sociedades americanas como vía para la consolidación de un orden orgánico, al tiempo que criticaban a los «ideólogos» defensores de las llamadas constituciones de papel.

Dado su papel central para comprender la historiografía política hispanoamericana, resulta pertinente elaborar una síntesis de las ideas que sustentan su discurso y de la realidad histórica que intentó interpretar, no como un ejercicio de justificación, sino como una vía para comprender su acción política y su ubicación dentro de la historia político-intelectual venezolana.

ESQUEMA PARA UBICAR LA INTENCIÓN DEL AUTOR EN SU TIEMPO HISTÓRICO

Dentro de la historia de las ideas políticas en Hispanoamérica, podemos identificar lo que, aunque de manera arbitraria, podríamos denominar una escuela de teoría política: aquella que encontró en las ideas de Augusto Comte y en la consigna de «Orden y Progreso» las claves para garantizar el futuro y la estabilidad de sus respectivas naciones. Nos referimos, por supuesto, al pensamiento positivista, que en algunas de sus ramas sustentaron los regímenes, algunos de carácter personalista, que proliferaron en la región durante el siglo XIX y parte del siglo XX.

La aproximación positivista al fenómeno del personalismo político germinó propiciamente en la región como respuesta intelectual en contexto de proceso de transculturación a la crisis de gobernabilidad que atravesaban los nuevos Estados-Nación tras la ruptura con el nexo colonial y los conflictos internos y externos que atravesaron en el marco de su desarrollo *discrónico*.¹ Ante la ineficacia inicial de las ideas ilustradas y el constitucionalismo liberal para establecer un orden político orgánico, el poder personal fue visto como la vía idónea para garantizar la estabilidad interna y propiciar la modernización, comprendida como el desarrollo de la infraestructura y tener un lugar en el sistema capitalista mundial.

Más que una simple corriente filosófica, se convirtió en un marco teórico que ofrecía las herramientas de análisis necesarias para descifrar la realidad social y política, permitiendo a los intelectuales de la época formular respuestas concretas a las contradicciones estructurales. En este sentido, el positivismo se erigió como la culminación del racionalismo ilustrado, lo que llevó a muchos pensadores hispanoamericanos a verlo como el complemento

1. Graciela Soriano de García-Pelayo, *El personalismo político hispanoamericano del siglo XIX: Criterios y proposiciones metodológicas para su estudio* (Caracas, 1993), pp. 131-138.

necesario para consolidar la independencia política alcanzada décadas atrás. Desde esta perspectiva, consideramos que el tiempo histórico en que predominaron las ideas positivistas y evolucionistas es una etapa imprescindible para comprender la historia política-intelectual de la América independiente.

Dicha influencia no solo marcó el pensamiento político de su época, sino que ha perdurado en el pensamiento colectivo, manifestándose tanto en la nostalgia por los regímenes que lo adoptaron como en la tendencia a reivindicar su legado y prácticas como solución inmediata a los problemas contemporáneos. Como la fórmula adecuada para situaciones excepcionales de crisis e incertidumbre dentro de la sociedad. El presente ensayo se centrará específicamente en el caso venezolano, abordado a través de cuatro dimensiones:

- La situación particular que produce la emergencia de estas ideas así como su conceptualización.
- El enunciado discursivo sustentado mediante el positivismo histórico junto a elementos deterministas en materia de sociología, geografía, antropología y otros campos de las ciencias sociales.
- La idea de la democracia en el positivismo.
- Las respuestas teóricas y conceptuales a las ideas anteriormente mencionadas.

Partiendo de este marco conceptual, identificamos también dos grandes etapas dentro del discurso de «Orden y Progreso» en Venezuela: la primera, de carácter caudillista y pacificadora, representada por figuras como Antonio Guzmán Blanco, Joaquín Crespo, Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, correspondiente a los siglos XIX y comienzos del XX; y la segunda, ya avanzado en el siglo XX, con figuras como Eleazar López Contreras, Isaías Medina Angarita y principalmente Marcos Pérez Jiménez como su

exponente más claro, esta última etapa siendo de carácter tecnócrata y desarrollista.²

El análisis se sustentará principalmente en el pensamiento de don Laureano Vallenilla Lanz, a quien consideramos la figura más distintiva y polémica del positivismo venezolano. A pesar de compartir escenario con intelectuales de gran relevancia como José Gil Fortoul o Pedro Manuel Arcaya, Vallenilla Lanz logró dar forma a un aparato teórico más sólido y complejo en los ámbitos histórico, sociológico y político. Su obra no solo ofrece una visión panorámica de la realidad venezolana de su tiempo, sino que también constituye un referente analítico de gran profundidad para comprender el positivismo como una auténtica escuela de teoría política en la historia venezolana.

Nuestro propósito no es solo desentrañar una de las piezas más significativos del pensamiento político venezolano sino también comprender cómo los propios intelectuales de la época abordaron los problemas de su contexto y mediante la formulación conceptual dieron un diagnóstico y solución tomando el marco de análisis del positivismo. Este ejercicio nos permitirá equilibrar la comprensión del problema y las respuestas que se propusieron, arrojando luz sobre la interacción entre teoría y práctica en la historia política e intelectual de Venezuela.

CONFUSIONES EN EL ANÁLISIS DEL POSITIVISMO VENEZOLANO

A modo de preámbulo, es necesario aclarar ciertas ideas erróneas que han permeado el análisis de las ideas políticas del positivismo en Venezuela. La principal de ellas es la creencia de que estas ideas (y en particular las de Laureano Vallenilla Lanz) fueron conce-

2. Para un análisis del modelo tecnocrático del *perezjimenato*, véase Xavier Reyes Matheus, «El Nuevo Ideal Nacional de Marcos Pérez Jiménez», en *La tecnocracia hispánica: Ideas y proyecto político en Europa y América*, ed. Antonio Cañellas Mas (Gijón, 2016).

bidas exclusivamente como una justificación del gomecismo. Una lectura superficial podría concluir rápidamente que su obra no fue más que un panfleto ideológico en favor del régimen de Gómez, sin otra intención que la de rendirle tributo al dictador andino (en parte, cierto, viendo la labor que realizó Vallenilla Lanz en *El Nuevo Diario*).³

Esta afirmación puede parecer lógica si se observa el contexto político y el momento oportuno en que surge la polémica en torno a la tesis del *gendarme necesario*.⁴ Sin embargo, el historiador de las ideas debe evitar apresurarse a sacar conclusiones sin examinar con detenimiento la relación texto-contexto. Como bien advierte Quentin Skinner, uno de los problemas metodológicos del contextualismo desmesurado es su tendencia a reducir las ideas a meros subproductos de su época, en lugar de intentar comprender la verdadera intencionalidad del autor.⁵ También es importante acotar que este tipo de discurso no es totalmente propio del gomecismo, sino que este tiene parte de origen en los

3. Esta adhesión queda patente con las propias palabras de Vallenilla Lanz: «El Nuevo Diario se asocia al regocijo popular y consagra este homenaje al general J. V. Gómez, electo presidente constitucional de la República, en prenda de su adhesión partidaria y de su fe inquebrantable en los destinos de la Patria bajo la égida de la causa rehabilitadora». *La rehabilitación de Venezuela: Campañas políticas de «El Nuevo Diario», 1915 a 1919* (Caracas, 1926), p. 4.

4. «Si en todos los países y en todos los tiempos —aún en estos modernísimos en que tanto nos ufanamos de haber conquistado para la razón humana una vasta porción del tereno en que antes imperaban en absoluto los instintos— se ha comprobado que por encima de cuantos mecanismos institucionales se hallan hoy establecidos, existe siempre, como una necesidad fatal “el gendarme electivo o hereditario de ojo avizor, de mano dura, que por las vías de hecho inspira el temor y que por el temor mantiene la paz”, es evidente, que en casi todas estas naciones de Hispanoamérica, condenadas por causas complejas a una vida turbulenta, el caudillo ha constituido la única fuerza de conservación social, realizándose aún el fenómeno que los hombres de ciencia señalan en las primeras etapas de integración de las sociedades: los jefes no se eligen sino se imponen. La elección y la herencia, aún en la forma irregular en que comienzan, constituyen un proceso posterior». Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático: Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela* (Caracas, 1952), p. 119.

5. Quentin Skinner. «Significado y comprensión en la historia de las ideas», *Prismas*, n.º 4 (2000), pp. 149-191.

fundamentos del proyecto nacional modernizador de Antonio Guzmán Blanco. Tal como Caballero lo menciona:

Los primeros positivistas desarrollaron su actividad intelectual mayormente durante la dominación del Ilustre Americano, general Antonio Guzmán Blanco, y apoyaron su gestión progresista. Eran por lo tanto liberales; pero no sólo ellos: también sus sucesores se adscribían confesamente a esa doctrina y a esa praxis políticas. Esto a su vez tiene dos significados: la primera es que, menos que en el pensamiento de esos autores, esa contradicción, esa paradoja, se encuentra en la acción política del liberalismo, y no sólo en Venezuela. La segunda es que la teoría del «gendarme necesario» con o sin ese nombre, o sea la teoría del déspota ilustrado, no es una racionalización de su apoyo a Gómez, sino que la precede, y se encarnó en el más liberal de los gobernantes venezolanos, Guzmán Blanco.

Es más, esa teoría del «gendarme necesario», tomada de Laboulaye, la había expuesto Vallenilla Lanz en *El Cojo Ilustrado* antes de la entronización de Castro y de Gómez, los dos tiranos andinos.⁶

La consigna «Orden y Progreso» ya existía en Venezuela antes de la llegada de Gómez y Castro. Fue introducida por primera vez en el discurso político de Guzmán Blanco, quien la formuló como «Libertad, Orden y Progreso», sirviendo, así como base ideológica del Septenio.⁷ Esta consigna sintetiza el lenguaje positivista y desde el punto de vista de la evolución política venezolana puede

6. Manuel Caballero, *Revolución, reacción y falsificación* (Caracas, 2002), p. 74.

7. «Como el liberalismo siempre se consideró progresista, el Liberalismo Amarillo guzmancista —llamado así por el color de la bandera de sus seguidores— sirvió como el basamento intelectual al que se adhirieron quienes buscaban la paz, el orden y el progreso». Mary B. Floyd, *Guzmán Blanco: La dinámica de la política del Septenio* (Caracas, 1988), p. 23.

ser considerada algo innovador. Representaba una herramienta discursiva para dotar de cohesión intelectual y brindar de sus principales objetivos al proyecto nacional de 1870. Sin embargo, Vallenilla Lanz tampoco puede ser entendido como un espectador imparcial, ni como alguien que se limitaba a describir objetivamente su realidad o que solo se adhería a una tradición intelectual.

Toda historia escrita constituye una proyección del pasado elaborada desde una situación presente: directa o indirectamente, el historiador visualiza el pasado a partir de las necesidades, tensiones o problemas de su tiempo. Por ello, no debe caerse en la falsa dicotomía de asumir, por un lado, que Vallenilla Lanz bajo la fachada de historiador y sociólogo realizaba una propaganda irracional del gomecismo, ni, por otro, que sus textos fueran elaborados de manera ingenua, como si describiera la totalidad de la realidad o efectuara un análisis «quirúrgico», a través del método científico, tal como él mismo planteaba. Más bien, se trata de descifrar hasta qué punto se aproximó al orden de la realidad, qué dimensiones logró captar de ella y cómo configuró su comprensión del mundo a través del lenguaje y sus usos.

EL USO DE DETERMINISMOS DENTRO DEL POSITIVISMO VENEZOLANO

En el marco de las teorías positivistas y evolucionistas, la presencia de determinismos y de una concepción fatalista del devenir histórico resulta un elemento central en la construcción del discurso histórico, sustentada principalmente en el aferramiento absoluto a los postulados y métodos de las ciencias en conjunto a la idea de progreso. Evidentemente, esto también constituye un argumento en la búsqueda de la forma de gobierno correcta para nuestra realidad.

Desde la perspectiva del determinismo histórico, la afirmación de que la Guerra de Independencia fue en realidad una guerra civil no solo constituía un argumento polémico, sino que además representaba un enfoque innovador dentro del debate historiográ-

fico.⁸ Para Vallenilla Lanz, el fenómeno de la guerra civil en Venezuela tenía su origen en la ruptura del nexo colonial. Las instituciones estatales heredadas de la monarquía española habían sido el pilar del orden, y al momento de su colapso, emergieron violentamente todas las tensiones y contradicciones de la Venezuela colonial. La independencia no trajo en exclusivo la libertad, sino que la otra cara de la moneda es que inauguró un ciclo de caos y conflicto a raíz de los rasgos telúricos y atávicos del medio venezolano. El profesor Pino Iturrieta menciona lo siguiente:

Dentro del aspecto teórico propiamente tal dominan los planteamientos relativos a herencia y medio geográfico, así como la preocupación por el estudio del factor étnico. Si bien en el último aspecto no siguen ciegamente a las fuentes europeas, insisten en la trascendencia de los elementos hereditarios y ambientales en la fragua de nuestra vida social. Sobre esos dos pilares fabrican un diagnóstico en el cual destaca la influencia de las orientaciones biológicas y físicas, cuyo peso pretenden demostrar mediante la teoría de la evolución y el principio de las leyes sociales. A la postre están seguros de llegar al quimérico dominio de la objetividad absoluta, en el cual las fórmulas aportadas por la ciencia natural producirían el conocimiento exacto.⁹

8. «Nuestra guerra de Independencia tuvo una doble orientación, pues a tiempo que se rompían los lazos políticos que nos unían con la madre patria, comenzó a realizarse en el seno del organismo colonial una evolución liberadora en cuyo trabajo hemos consumido toda una centuria, hasta llegar al estado social en que nos hallamos, el cual reclama los dos grandes remedios de todos nuestros males: población para dejar de ser un miserable desierto y hacer efectiva la democracia por la uniformidad de la raza, y educación para elevar el nivel moral de nuestro pueblo y dejar de presentar la paradoja de una república sin ciudadanos». Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático*, p. 2.

9. Elías Pino Iturrieta, *Positivismo y gomecismo* (Caracas, 2005), p. 75.

Siguiendo los argumentos del positivismo, la Historia debía transitar por etapas de manera ordenada. Saltarse un estadio de desarrollo implicaba consecuentemente el desorden. En este sentido, Vallenilla Lanz en un ejercicio de historia contrafactual plantea que, de haberse mantenido la Corona española, eventualmente habría concedido derechos y libertades a las castas bajas de la colonia de manera progresiva y estructurada, evitando así el estallido violento de la guerra.¹⁰

Desde el determinismo geográfico, el positivismo venezolano también argumentaba que la composición del relieve del país producía directamente ciertos sistemas políticos. Se sostenía que la geografía llanera de Venezuela propiciaba regímenes autocráticos, en contraste con naciones como Colombia, Bolivia o Perú, donde el terreno montañoso favorecía sistemas político basados en la oligarquía dominada por el clero. Esta misma lógica se aplicaba a la comparación entre Venezuela y Argentina,¹¹ ambas con extensas llanuras y tendencias autocráticas (Argentina, con la dictadura de Rosas, por ejemplo), frente a sus vecinos.¹²

Desde la sociología, la sociedad venezolana solo podía ser dirigida por un factor unificador que recogiera los intereses de las masas y propiciara su desarrollo. Este análisis se ejemplificaba en figuras como Bolívar y, aún más, en la de Páez, quien supo interpretar y canalizar los intereses de los ejércitos populares que ante-

10. Es lo que, en algunos párrafos, deja ver Vallenilla Lanz cuando menciona los progresos sociales de la Corona en materia de igualación de castas. Véase, por ejemplo, la presencia del «gracias al sacar». *Cesarismo democrático*, pp. 38-39.

11. «Venezuela y Argentina son los países donde nacen y mueren los Andes, y donde, sin embargo, su influencia es menor. Lo más típico de ambos países son los terrenos que se extienden al pie de las montañas y que se conocen con los nombres de «Llanos» y «Pampas» respectivamente. Estos mares de hierba son habitados por el llanero y el gaucho que son el tipo de dictador en pequeño. Rosas y Páez educaron su voluntad entre gauchos y llaneros antes de llegar a dictadores de Argentina y Venezuela». Antonio Carro Martínez, «La realidad iberoamericana», *Revista de estudios políticos*, n.º 90 (1956), p. 236.

12. «Venezuela, como Argentina y Uruguay, sufría entonces las consecuencias necesarias y fatales que emanaban de su constitución geográfica». Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático*, p. 111.

riormente habían combatido bajo el mando de José Tomás Boves al premio que significaba el botín tras el saqueo.¹³ Este análisis también se mostraba en el argumento sobre la constitución sociológica frente a la constitución liberal-racionalista de las democracias liberales.

Para los positivistas, la constitución escrita debía adaptarse a la realidad social del país, y la transición hacia un estado más avanzado debía considerar las estructuras sociales existentes en lugar de imponer modelos externos desconectados de la realidad nacional. Por ello, expresaba Laureano Vallenilla Lanz que cada pueblo partía de su propia idiosincrasia y de sus propias condiciones concretas. Habiendo reconstruido parte de su pensar, nos ceñimos entonces a lo siguiente:

Afirmar que todas las naciones hispanoamericanas deben gobernarse según un modelo determinado, es desconocer los orígenes y la evolución de cada una de estas naciones, que no pueden englobarse arbitrariamente en una sola clasificación sociológica.¹⁴

Por otro lado, el factor racial también ocupó un lugar central en el pensamiento positivista, aunque con distintos enfoques dentro de la corriente. Para Pedro Manuel Arcaya, por ejemplo, los problemas estructurales de Venezuela tenían una base racial, pues consideraba que el componente negro e indígena de la población era el origen de los males sociales. Desde esta perspectiva, el deber del hombre fuerte (que, por supuesto, sería un criollo) era

13. John Lynch admitía que Páez era el caudillo perfecto y lo describía de la siguiente forma: «Era la típica figura a caballo, lanza en ristre, que perpetraba con su banda robos de ganado, luchaba contra sus rivales y se enfrentaba a los españoles. La motivación ideológica detrás de sus seguidores era escasa, el botín era lo que más le interesaba. Sus hombres, o al menos algunos de ellos, ya habían luchado previamente para el enemigo; el grupo “compuesto en mucha parte de aquellos feroces y valientes zambos, mulatos y negros que compusieron el ejército de Boves”». *Caudillos en Hispanoamérica, 1800-1850* (Madrid, 1993), p. 101.

14. Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático*, p. 218.

adiestrar a estas masas y fomentar la inmigración europea, trayendo consigo población blanca y trabajadora.¹⁵ En contraste, Vallenilla Lanz no suscribía un determinismo racial absoluto, sino que veía en el entorno social y cultural los factores más influyentes en el desarrollo de la nación.

Aunque, Vallenilla Lanz también veía el «blanquear» a la población con inmigración europea calificada como un aporte efectivo. A partir de estas premisas, el positivismo venezolano llegó a la conclusión de que el país solo podía ser gobernado mediante un *hábil despotismo* que garantizara el orden y permitiera el progreso material. Este planteamiento no se presentaba como una posibilidad u opción política, sino como una conclusión científica derivada del análisis histórico y social del país.

Como mencionamos anteriormente, no es que los intelectuales positivistas hayan elaborado su pensamiento con la intención exclusiva de justificar el régimen de Gómez. Más bien, interpretaron su gobierno como la prueba empírica de la validez de sus postulados. Para ellos, el gomecismo no era sino la manifestación y destino inevitable de la realidad venezolana, la confirmación de que solo un liderazgo fuerte podía garantizar la estabilidad y el desarrollo de la nación. De ahí podemos explicar la traducción de intereses entre una parte de la elite intelectual con el poder personal.

[...] En América la democracia igualitaria y niveladora impone la necesidad de los gobiernos fuertes, capaces de establecer la disciplina y el respeto a la autoridad emanada

15. Con el fin de ilustrar al lector, citamos las palabras del Dr. Pedro M. Arcaya: «De modo que el *desiderátum* de actualidad no está en la reorganización de partidos viejos, aunque se pretenda que signifiquen cosas nuevas, ni aun en la formación de partidos nuevos con modernas denominaciones, sino en la transformación del medio por la instrucción, el trabajo, la disciplina de las actividades y su armonía mediante la justicia más severa y, sobre todo, la transformación de los elementos étnicos mediante la inmigración». *Estudios de sociología venezolana* (Madrid, 1930), p. 295

del pueblo mismo, graduar la libertad que es patrimonio de todos, mantener el orden y sofrenar las ambiciones caudillescas.¹⁶

LA DEMOCRACIA COMO FORMA DE GOBIERNO BAJO LA MIRADA POSITIVISTA

La democracia en el pensamiento de Vallenilla Lanz representa un caso interesante. Por un lado, nunca se descartó en su totalidad la posibilidad de su existencia en Venezuela. De hecho, una de sus respuestas más frecuentes a sus críticos era que las constituciones y las sociedades estaban en constante cambio, lo que inevitablemente daría lugar a nuevas formas de gobierno. Sin embargo, bajo su criterio, Venezuela debía encontrar su propia fórmula de gobierno, en lugar de adoptar ciegamente los modelos europeos, a los que dirigió diversas críticas. De cierto modo, Vallenilla Lanz concebía en que una eventual democracia se amoldaría a la estructura y las relaciones de poder basada en la dinámica política de los pueblos americanos: el cesarismo.

Para Vallenilla Lanz, la democracia ideal dadas las condiciones adecuadas, se permitía la libre competencia y la demostración de las capacidades individuales. Es decir, un obrero o un campesino, mediante el desarrollo de sus habilidades técnicas e intelectuales, podía ascender socialmente. Esto contrastaba con la idea de otorgar derechos de manera indiscriminada a una sociedad sumida en la pobreza, el analfabetismo y sin acceso a necesidades básicas como empleo, higiene o alimentación. Concebía la democracia no como una forma o ejercicio institucional o administrativo, sino como igualdad social e interés popular.

La democracia, en el papel, no podía garantizar libertades, derechos ni beneficios por sí sola; debía estar acompañada de las condiciones que permitieran materializar esos ideales. Criticaba el

16. Laureano Vallenilla Lanz, *El sentido americano de la democracia* (Caracas, 1926), p. 7.

idealismo que, al alejarse de la realidad, pretendía instaurar utopías inviables que llevarían al caos. Un episodio concreto que ilustra su postura ocurrió con la llegada al poder del general Eleazar López Contreras como sucesor de Gómez. Para Vallenilla Lanz, este hecho generó una profunda preocupación y un temor al retorno de la anarquía, especialmente con el surgimiento de partidos políticos simpatizantes del socialismo y la Revolución Bolchevique.

Aunque en un primer momento consideró que la designación de López Contreras representaba una continuidad en la causa del orden, su inquietud residía en cuánto influirían los jóvenes con ideas radicales y progresistas dentro del nuevo gobierno. Cabe destacar que las preocupaciones de Vallenilla Lanz no eran simplemente los delirios de un reaccionario en el exilio, sino que reflejaban una incertidumbre genuina y colectiva de su tiempo histórico.¹⁷ Sin embargo, los hechos demostrarían que las condiciones sociales y políticas habían cambiado sustancialmente.

Al abordar el dilema entre democracia y dictadura, es imprescindible considerar también las ideas de los sectores opositores al gomecismo, pues su pensamiento resulta clave para comprender el debate de la época. Figuras como Rómulo Gallegos, José Rafael Pocaterra y Rufino Blanco Fombona compartían ciertos elementos del lenguaje positivista junto a los intelectuales gomecistas, lo que hace aún más interesante su análisis.

En sintonía con Vallenilla Lanz, estos opositores reconocían la anarquía y el caudillaje como problemas centrales en la crisis del país. No obstante, mientras que para los adeptos a Gómez este era el factor unificador necesario para garantizar el orden, Gallegos, Pocaterra y Blanco Fombona lo consideraban una manifestación más de la barbarie que había sumido a Venezuela en el atraso. En

17. La novela histórica *Oficio de difuntos* escrita por Arturo Usler Pietri retrata muy bien este clima de angustia e incertidumbre que se vivió al instante de la noticia del fallecimiento del general Gómez.

su visión, la solución no era imponer un bozal al pueblo, sino educarlo y prepararlo para la vida en civilización.

Punto crucial de este debate intelectual y político fue la manifestación estudiantil de 1928, que representó una nueva forma de oposición política. Aunque el movimiento no logró sus objetivos inmediatos, marcó un hito en la historia venezolana, al inaugurar la transición de la contienda armada en el campo a la manifestación política en la ciudad. Fue la prueba fehaciente de que Venezuela se encontraba en un nuevo escenario sociopolítico. Sabin Howard menciona lo siguiente:

Hacia 1928 Gómez había realizado algunos progresos significativos en múltiples áreas, lo que permitía a los jóvenes estudiantes idealistas elevar sus aspiraciones y ver en el gomecismo sólo sus atrocidades y su arcaica estructura que operaba como un obstáculo para un mayor progreso. Vallenilla Lanz vio siempre el gomecismo como una mejora respecto a un pasado yermo; la generación del 28 lo vio como un estorbo para un futuro mejor. Ambos tenían razón.¹⁸

Los viejos problemas de anarquía y caudillismo disgregador habían dejado de ser el principal desafío. Las nuevas condiciones del país permitían finalmente concebir un camino distinto hacia el desarrollo de la Nación. En este sentido, podemos considerar este proceso como la transición definitiva de Venezuela al siglo XX. Es lo que, de hecho, reconocerá el maestro Manuel Caballero en su excelente obra sobre la figura de Gómez:

En 1936, Venezuela era un Estado único y centralizado, y una nación consolidada. Después, ese proceso no hizo sino desarrollarse y avanzar, hasta alcanzar tales proporcio-

18. Harrinson Sabin Howard, *Rómulo Gallegos y la revolución burguesa en Venezuela* (Caracas, 1984), p. 80.

nes, que hoy el país entero ha comenzado a clamar por la descentralización, sin que la puesta en práctica de esta política haya desmembrado al país; sin que haya desamarrado esa unidad que Gómez dejó atada y bien atada.¹⁹

CONCLUSIONES

El debate intelectual nos permite acercarnos a las diversas perspectivas sobre los problemas de su tiempo y, con ello, identificar parte de la raíz del problema que pretendemos estudiar. Determinar la causa de una dictadura como el gomecismo es un desafío historiográfico complejo; por ello, lo más pertinente es analizar las condiciones que propiciaron la llegada de esta tiranía al poder. Asimismo, resulta esencial evaluar sus vestigios en la Historia y discernir, mediante la crítica, cuáles de ellos pueden considerarse aún reconocibles.

¿Logró el gomecismo, en cierta medida, garantizar el desarrollo y crear condiciones propicias para la consolidación de una democracia? Es posible. ¿Fue realmente necesaria la violencia que alcanzó la gestión del andino? Seguramente de ningún modo. Se trata de un debate polémico que se vuelve aún más complejo a medida que profundizamos en el contexto de la época en contraste con la forma en que se aprehende dentro de la conciencia histórica nacional.

El estudio de las ideas políticas nos permite analizar los procesos y hechos históricos en el momento exacto de la controversia que los rodea. Sin embargo, el historiador que se dedique a esta disciplina deberá ser especialmente cuidadoso al considerar todos los ángulos que le permitan reconstruir el panorama intelectual completo de la época.

19. Manuel Caballero, *Gómez, el tirano liberal: Vida y muerte del siglo XIX* (Caracas, 1993), p. 354.